

# Filosofía e Inteligencia Artificial

*Sergio Espinosa Proa*

### Supresión de lo desconocido

Un filósofo necesariamente contemplará a la Inteligencia Artificial (IA) con sentimientos encontrados; sabe que resulta indigno rechazarla, al menos tan ridículo como sencillamente abrazarla. No dejará de constituir —como tantas cosas— fuente de perplejidad. Se sentirá competido en aquello que supone, con buenas o peores razones, su territorio exclusivo: pensar. Pero también, la verdad sea dicha, experimentará no poco alivio. Habrá infinidad de tareas, mayormente ingratas, o insípidas, que le serán confiadas a un algoritmo. Lo ideal será que se comporte respecto a ella no como si fuera un rival, sino como lo contrario: como un auténtico asistente. Lo ideal: siempre, en la vida real, se le atravesarán factores indeseados. La IA no debería merecer un tratamiento separado; es correcto considerarla como lo que no podría dejar de ser: a saber, una herramienta. Pero tampoco —por suerte o por desgracia— podrá dejar de ser algo más y algo distinto que una herramienta. Al igual que todos los objetos técnicos, se articula en una gramática o en una estructura que rebasa y desborda con mucho su carácter instrumental. Se encuentra entretejida con elementos que no tienen nada que permita servirse de ellos. Yo escribo en un procesador de textos incorporado a una *tablet* porque no tengo que escribir todas y cada una de las letras: basta presionar algunas para que complete la palabra. Es más rápido y más cómodo. La aplicación no piensa en mi lugar: tampoco adivina lo que voy a escribir. Pero evidentemente me ayuda a hacerlo. Facilita la tarea. Sin embargo, sin ocuparme de sus efectos perversos —mi caligrafía, de la que estaba medianamente orgulloso, lo ha resentido de manera deplorable—, depende de muchas otras cosas. No funciona si no se halla debida e inevitablemente integrado a dispositivos que escapan a nuestro control. Una llamarada solar puede inutilizar en un segundo a todos los satélites que circundan el planeta provocando apagones y cortos circuitos. Se me ocurre este caso extremo y más bien improbable, pero se entiende a qué me refiero: la mayor parte de la realidad tecnológica *no está en nuestra mano*. Incluso lo grande es pequeño. No es excusa para heideggerianizar ni para desgarrarse las vestiduras: siempre ha sido muy poco lo que tenemos a nuestra disposición, sea el que fuere el nivel técnico que hayamos alcanzado. Cisternas, melgas o grandes presas: el principio es el mismo. El peligro viene del hemisferio opuesto: alcanzado cierto umbral, se da por descontado que todos, absolutamen-

te todos nuestros problemas, serían técnicamente subsanables. La enfermedad, el dolor, el sinsentido, la locura, la vejez, la soledad... la muerte. El señuelo de la técnica consiste, muy exactamente, en lo que describe Michio Kaku (1947): «Nuestro destino para el año 2100 es igualarnos a los dioses que en otro tiempo adorábamos y temíamos».<sup>1</sup> ¿Qué nos impide entonces seguir adorando aquello que más tememos? Sin embargo, el mismo Michio Kaku, que representa, a todas luces, a un físico teórico devoto de la Tecnociencia, y de nada más, teme que subsista en nuestro ser mortal una tendencia irresistible a reproducir las precarias condiciones del hombre paleolítico. Situación más que inquietante. Podrá más, siempre y en todo lugar, el miedo a lo desconocido. No parece existir Física sin Metafísica, Ciencia sin Religión. Bien visto, sería mejor no esperar demasiado de un divulgador científico, por exitoso que este sea, pero el hecho es que encontraremos aquí motivos muy jugosos para la reflexión. Consideremos por lo pronto esta siniestra —por calificarla de algún modo— conexión entre la adoración y el temor. Nos topamos súbitamente con el carácter ambivalente de lo sagrado, que ha sido analizado y descompuesto, entre otras estrategias, por la Fenomenología de la Religión. En síntesis, remontando el camino hasta Kant y Schleiermacher, o hasta Goethe y Rudolf Otto, consiste en algo al mismo tiempo *tremendo y fascinante*. Atrae en la misma proporción en que repele. Lo sagrado no es ni bueno ni malo: es la condición de posibilidad de que el mundo se escinda, se divida entre algunas cosas buenas —y algunas cosas malas. Se sitúa en un *antes* de la ética, en un antes de la moral. Se remite, concretamente, a una dimensión de anterioridad de lo humano. Se diría que lo sagrado es ontológicamente neutro: ni es, ni no es. Convertido —por múltiples motivos y accidentes— en el Dios de los Profetas, se le ha despojado de esta extraña indiferencia: ha pasado a ser condición exclusiva de lo Bueno. Entonces, y solo entonces, el mundo experimentará una alteración de enormes alcances; aún habitamos en medio y en algunas consecuencias de esa explosión. El mono-

<sup>1</sup> Michio Kaku, *La física del futuro*.

teísmo emerge naturalmente con su estrambótico séquito de prescripciones y de proscripciones. No es, con ello, tan diferente de otras configuraciones culturales, de otras religiones. No tendría nada de especial, pero es imposible desconocer sus efectos. Con el monoteísmo todo, en verdad, cambia. En la técnica, por caso, se pasa del temor-y-la-adoración a la sola adoración, con lo cual la gente permanece básicamente inerte frente a su accionar y las condiciones que lo permiten. Nada podrá oponerse al empuje de las fuerzas productivas. En el siglo XIX se verificó su apoteosis. Se entiende que, en reciprocidad, se llegue a pensar que solo Dios salva. Las filias y las fobias brotan, en ese terreno, como si fueran hongos. Pero vivimos en medio de ellas, quizá en su extremo. ¿Cómo adoptar una posición menos vulnerable, menos neurótica, menos complaciente? Asumir una perspectiva ética o religiosa para limitar sus presuntos excesos o desviaciones no parece suficiente, no se compadece con la escala de su complejidad, ni responde a ella; daría la impresión de ser lo contrario, aunque valdría la pena escarbar un poco más. El monoteísmo se presenta en cantidad de flancos como, justamente, la religión de la técnica. Los cuerpos son su objeto. Sigue siendo lo mismo que hacer callar a la naturaleza con una mordaza sobrenatural. Lo comprobamos en Heidegger: el hombre solo podrá ser un pastor del Ser. Nunca llegará a ser el Amo. Preguntaremos enseguida a otros testigos. Pero no nos privemos de formular brevemente una sospecha primaria: Heidegger nos ayuda a pensar lo sagrado *no como Dios*, sino como lo *absolutamente ajeno* a Él. Tal vez tenga razón Schleiermacher: lo sagrado es lo Absolutamente Otro. ¿Otro respecto a qué? No vendrá a ser en realidad algo tan misterioso, pero lo sagrado presta su nombre a lo Desconocido *en cuanto tal*. Quiere esto decir que lo Desconocido (pido perdón por escribirlo con la inicial en mayúscula) no se sitúa en el mismo plano en que se despliega lo Conocido: en modo alguno disminuye si lo Conocido aumenta de tamaño o de extensión. Utilizaré, con su permiso, una metáfora cinematográfica: lo Conocido equivale a lo que se registra en la escafandra de *Robocop*. Lo que no registra este aparato, todo lo

fino que se quiera, no simplemente es inexistente; quizá sea, al contrario, desde otros puntos de vista, lo más relevante, pero no queda huella de él en la telaraña del conocimiento. Una telaraña de múltiples estratos: eso es el saber. Existe un mundo —o lo Otro del mundo— que se le escapa. Desconocido en un sentido activo, no pasivo: no sirve para una religión, pues no consuela ni proporciona esperanzas ni finca responsabilidades, pero vaya si resulta indispensable para pensar filosóficamente. No, por cierto, científicamente, porque la ciencia quiere saber, no pensar (si una meditación no conduce a un saber, es mejor abandonarla: no paga el gasto). La ciencia jamás, ni en sus orígenes babilonios o griegos, ha sido meramente contemplativa. La moviliza un interés más o menos reconocible. Lo desconocido se caracteriza en ese caso por desempeñar una función residual, suplementaria, marginal. Ahora bien, ¿qué quiere la técnica que no sea igual a lo que quiere la ciencia? ¿Qué podemos pensar de la famosa IA?

### La maldad de la técnica

A la técnica solo podría oponérsele, con alguna esperanza de éxito, la religión. Técnica y religión aparecen como expresión de dos sistemas o dos dispositivos distintos: el *poder* frente al *deber*. El Poder no tiene, bien visto, nada que ver con la moral; el Deber, por su parte, solamente es moral. Desde la perspectiva adoptada por Maquiavelo, Spinoza o Nietzsche, la elección tiene mucho de radical; desde la de otros pensadores, como Kant, Schopenhauer o Heidegger (aunque en este caso habría que ver, cosa que, por lo demás, me propongo hacer), lo fundamental es distinguir sus ámbitos. En fin, para otros, como Hegel y la práctica totalidad de los filósofos cristianos, lo importante es hallar la manera de someter una a la otra. Respecto de Heidegger, que ciertamente no hizo de la técnica el centro de su reflexión, pero que no se la comprende a cabalidad sin atender la correspondiente valoración, es legítimo partir de su posición en el ensayo *¿Y para qué poetas?* (1914):

La esencia de la técnica sólo surge a la luz del día lentamente. Ese día es la noche del mundo transformada en mero día técnico. Ese día es el día más corto. Con él nos amenaza un único invierno infinito. Ahora, no sólo se le niega protección al hombre, sino que lo salvo de todo lo ente permanece en tinieblas. Lo salvo se sustrae. El mundo se torna sin salvación, pierde todo carácter sagrado.<sup>2</sup>

Lo salvo, lo sagrado: *das Heilige*. La técnica amenaza a lo sagrado (entendido como salvación). El texto ostenta su encanto, su hechizo. El día, la noche, el invierno sin fin, las tinieblas... Seguiré enseguida, en principio, muy de cerca la exposición del estudioso mexicano Jorge Enrique Linares para tratar de no alejarme demasiado del surco. Lo primero por decir es que la técnica (moderna) posee dos filos. Uno es una promesa; el otro, una amenaza. Se parece a una espada (no de Damocles, pues —pendiendo de un hilo— ella solamente amenaza al poderoso). Este pasaje del pensamiento de Heidegger —como tantos otros— es inocultablemente religioso: en un mismo movimiento, la técnica revela —y vela— al ser. Semejante ambigüedad obedece al carácter escindido de la técnica: se trata de un instrumento, sin duda, pero su existencia en cuanto tal depende de una estructura —Heidegger la denomina «esencia»— no inmediatamente visible. Ella, desde quién sabe qué lugar, dispone y manda lo siguiente: «Hombre, domina a la naturaleza. Que no te tiemble la mano; es tu destino». El hombre propone, seguramente con loables o execrables propósitos, pero la Técnica dispone. Ocupa, o más exactamente usurpa, el augusto trono de Dios. Nos topamos aquí, rápidamente, con un —ineludiblemente siniestro— trenzamiento de Tecnología y Teología. De bueno, la técnica tiene una potencia que revela los secretos y encordaduras del ser; de malo, que puede fácilmente cegar con su luz. Tiende a hacer creer que es la única forma de garantizar el descubrimiento de la verdad. La técnica es como la magia: peor, porque siempre resulta infinitamente más eficaz. Y la eficacia deslumbra. La técnica es magia que funciona; magia

<sup>2</sup> Martin Heidegger, *Caminos de bosque*.

por partida doble. De ahí el recurso al Dios Único: a la magia solo la podría disolver o limitar un Dios Omnipotente. No ha de sorprender semejante posicionamiento: Heidegger siempre se declaró conservador y antimodernista. Si abrazó la causa del nacional-socialismo la explicación inmediata es su repudio simétrico del capitalismo estadounidense y del bolchevismo ruso. Imaginó —al lado de algunos otros— una vía alemana alterna. No sabríamos aún medir adecuadamente el alcance de su fracaso; hoy por hoy, se detectan latencias y se observan retiradas y avanzadas tácticas. Compartió con Ernst Jünger (1895-1998) el diagnóstico sobre la *Movilización Total*, característica de las guerras modernas. La figura emblemática es ahí el Trabajador, y la meta última no es otra que la Eficacia Productiva. De ahí que Capitalismo y Bolchevismo, vistos desde este ángulo, diverjan solo en la superficie. ¿Era el destino de la técnica arrasar literalmente con todo y convertirse en un nuevo Dios? Arrasar con todo, sí; pero para impedirlo tenemos que continuar dándole su lugar a Dios: tal es, con los convenientes disimulos y astucias, la visión-misión de Heidegger. Parece innegable que Jünger fue menos ingenuo: *nada* resiste realmente a esta fuerza. El Nazismo se ha revelado incapaz, si no cómplice involuntario de ella. Curiosamente, pensarlos en conjunto contribuye a iluminarlos a ambos. Heidegger temía lo que efectivamente pasó: que Alemania se volviera desembozada y vorazmente capitalista, con sus consabidos e inevitables efectos perversos: individualismo, desorden político, democracia representativa, banalización de la vida cotidiana, mercantilismo. En el capitalismo, la técnica se convierte indefectiblemente en una Furia sin Freno. En él vivimos el eclipse, la supresión de la pregunta: ¿para qué? ¿Y luego? Todo un horizonte desaparece. No el de la Historia, que tenderá a identificarse como una *historia técnica de la técnica*, sino el de la historicidad. El individuo normal se halla excesivamente ordenado: más que esclavo, se ha transformado en un perno, en eso que desde hace algunos años llamaríamos *interfaz*. Carece de personalidad: bien visto, es peor, más tieso y predecible que un robot. Diríase que acertó en el pro-

nóstico; por todos lados florecen esas amapolas. Como quiera que sea, la presunta revolución nacionalsocialista fue un epítome de la Movilización Total: militarista y tecnocrática, totalitaria y antisemita. «El régimen nazi es un terrible ejemplo de cómo el poder tecnológico absolutizado, expresado en poderío militar, y combinado con una política de devastación y guerra total, puede conducir a una nación a su autodestrucción».<sup>3</sup> Sin las debidas restricciones, la técnica es profundamente nazi. Probablemente, pero, ¿quién los propone y cómo se garantiza la aplicación de esos controles? Es más, la idea misma de delinear e imponer controles morales a la técnica resulta chocante. ¡Además, no funciona! Equivale a invitar a los sacerdotes o a sus diligentes sosías a intervenir —mucho o poco— en los procesos científicos y tecnológicos, y es fácil considerar eso como una completa aberración. Estamos a un paso de restaurar la Santa Inquisición. El problema se antoja mucho más complicado. Prevalece la tentación de concluir que Heidegger simple y llanamente estaba equivocado. Lo estaba, sin duda, pero su equivocación sigue siendo muy fértil. Es menester comprenderla. El enfoque de J. E. Linares —en el que la influencia de Hans Jonas se percibe desde muy temprano— se aprecia en toda su unilateralidad: la técnica amenaza con esclavizarnos cuando, por contra, todo indica que somos libres por naturaleza (es decir, así nos creó Dios: a su imagen y semejanza). Un conocido y no poco sobado argumento de cuño fundamentalmente religioso: somos almas libres atrapadas y hechas prisioneras en un cuerpo sexuado y mortal. Jeronimismo, agustinismo y cartesianismo en generosas dosis, no por prudentemente silenciadas menos efectivas. La técnica es mala, es una espantosa amenaza si la religión —agazapada aquí en la Ética— se priva de trazar sus límites. ¿No podríamos pensar *de otro modo*?

### Caminar en círculos

Todo acto y todo pensamiento humanos proyectan sin apelación posible una sombra siniestra. No es

<sup>3</sup> J. E. Linares, *Ética y mundo tecnológico*, p. 53.

sencillo, ni automático, percibirla. Es preciso esforzarse para lograrlo, adoptar distintos y con frecuencia inesperados puntos de vista. Un excelente ejemplo lo proporciona el conocido análisis que despliega Heidegger a propósito de la técnica. El horizonte de lo visible está compuesto por un vínculo instrumental; la técnica es un medio sometido a un fin. Pero inadvertida e irresistiblemente ella se transforma en un fin y los hombres son reducidos a medios. Somos educados, sin saberlo, como aprendices de brujo. No dominamos un instrumento sin someternos involuntariamente a su lógica, no por inconsciente menos perentoria. En *Ser y tiempo* (1927) se ocupa de la dimensión instrumental; en *La pregunta por la técnica* (1953) tematiza la inversión que hace de los hombres siervos de la *Ge-stell* (Estructura-de-Emplazamiento). Luz —y sombra. Por lo demás, esto que se predica de la técnica es susceptible de aplicarse a otros muchos ámbitos: la razón es algo que utilizamos pero que en cierto momento se invierte —o revierte, o pervierte— y nos utiliza a nosotros. Se venga de nosotros, nos humilla. Lo mismo ocurre con el lenguaje, con el amor, con el deporte, con el ocio, con el arte o la filosofía... Solo hasta cierto límite intraspasable podemos servirnos de cosas así. ¿Es inevitable? Tal parece. El horizonte del útil se desparrama, como mancha de petróleo, en todas las direcciones. Ni la naturaleza va a poder ser pensada en adelante como naturaleza —ancha y ajena—, ni la humanidad como humanidad —autónoma y libre— sino exclusivamente como *recurso* (natural o humano). ¡Nadie parece darse cuenta (y si se da no sabe qué hacer)! Lo más antinatural se vuelve, en tal circunstancia, en lo más natural. La misión de un filósofo como Heidegger consiste esencialmente en denunciar semejantes distorsiones. La técnica no es mala; lo es el tecnicismo. Lo útil no es malo; lo es el utilitarismo. El arte no es malo; lo es el esteticismo. Y así sucesivamente. Pero no se ve en concreto por dónde atajar su proliferación. Lo noble se vulgariza, lo único se repite al infinito. Lo sagrado se disuelve. ¿Necesariamente? Haber creído que el nacional-socialismo podía detener semejante avalancha fue una auténtica estupidez; él mismo

lo dijo. Pero continuar esperando que podemos, como especie humana, hacerle frente, no nos aparta de allí. *Solo un Dios podría salvarnos*. El santiguamiento le saldrá, al hijo de sacristán, espontáneo y natural. Desde *Ser y tiempo* el talante de Heidegger se presenta inocultablemente clerical:

Estar-en-el-mundo quiere decir: absorberse atemática y circunspectivamente en las remisiones constitutivas del estar a la mano de todos los útiles. La ocupación es, en cada caso [...] sobre la base de una familiaridad con el mundo. En esta familiaridad, el *Dasein* puede perderse en las cosas que comparecen dentro del mundo y ser absorbido por ellas.<sup>4</sup>

Pese a todo su alambicamiento fenomenológico, aquí se proclama algo extremadamente claro: el Mundo es obra del Demonio. No tiene otro sentido la machacona insistencia en la Diferencia Ontológica. La modernidad existe porque el Demonio — en sus mil figuras— se ha colado por todas partes. Que todas las cosas y las personas puedan y deban ser re-presentadas, llevadas a la pantalla, acicaladas, aderezadas y juzgadas por su imagen, ¿no es lo característico del mundo moderno? En esto Heidegger no se equivocó. Actualmente, cualquier hijo de vecino se encuentra en posición de llegar a ser un *influencer*. Cualquier versificador se imagina poeta, cualquier repetidor o pedante se sueña filósofo. No por culpa de la técnica, ciertamente; ella pertenece al mismo plegamiento que conduce todo, indefectiblemente, a la pantalla. Del mundo, una tarjeta postal, un *wallpaper*. Con eso basta y sobra. El listón, según será fácil apreciar, está en el suelo. Pero, ¿cómo impedirlo? ¿De qué manera levantarlo? El buen Heidegger se equivocó con el nacional-socialismo, pero se rehusó con tozudez religiosa a deslizarse en el franco pesimismo. En la época de la imagen del mundo, el mundo coincide exactamente con aquello que puede ser representado, proyectado, reducido a una imagen. El mundo es la caricatura —no por ello ineficaz— del mundo. Y lo es necesariamente para un espectador, para un *voyeur*. Millones, cientos de millones

<sup>4</sup> Martin Heidegger, *Ser y tiempo*, p. 103.

de *voyeurs*: de tal pasta se halla compuesto nuestro mundo. En estas condiciones, el misterio desaparece, o se reduce a mero *slogan* propagandístico. La realidad va a ser achicada a una sola dimensión. Herbert Marcuse aprovechará bien las lecciones del maestro. No por nazi habría dejado de enseñarle muchas cosas al diligente judío. La modernidad es la época en que Avon llama. No basta con convertirse en un consumidor a merced de los fabricantes y merolicos de cualquier cosa: el sujeto es un espectador, un devorador de imágenes. Pocos reductos quedan a salvo. Nostalgia de la Iglesia, del Templo. Maldita televisión, malditos teléfonos, malditos megáfonos, maldita internet. Todo se ha metamorfoseado en mundanal ruido. El sujeto sigue siendo el rey, pero un patético rey en andrajos (a veces bastante caros). Siempre me ha llamado la atención esta proximidad entre la crítica heideggeriana de la modernidad y el mesianismo judío. Nada podía estar más alejado o contrapuesto y nada más cercano y afín. Muchas páginas de Adorno podrían confundirse con otras tantas de Heidegger, observación que esperablemente enfurecería al primero. Cristianismo y judaísmo se atraen y se repelen en su historia sin solución de continuidad. En *¿Y para qué poetas?* se lee: «El hecho de que el hombre se convierta en sujeto y el mundo en objeto, es una consecuencia de la esencia de la técnica que se establece a sí misma y no al contrario».<sup>5</sup> La técnica va sola. Pero así ocurre porque se ha olvidado que no está en nuestras manos. Imaginar que somos sujetos manipulando objetos constituye una ilusión. La verdad es que ni como individuo, ni como corporación, ni como especie, el hombre se posicionará jamás en el centro del ser. Sin embargo, eso es precisamente lo que nos dan a creer la Ciencia y el Estado: ambos aparatos propalan la alegre noticia de que somos los Señores del Mundo. A ellos habría que añadir los *mass media*. Saber, Poder, Formar: una Trinidad maligna. Pecaminosa. ¿Qué cosa podría escapar de su influjo? La técnica no es mala, decíamos, siguiendo con lealtad el discurso del filósofo, pero *lo es creer en ella como si fuera una panacea*. Tal entusiasmo consterna a cualquier

ra. Heidegger vislumbra tras semejante creencia a Fausto y a Prometeo, personajes trágicos. Lo son porque han apostado todo por el Hombre. Personajes mefistofélicos. Deberíamos cerrarles el paso, callarles la boca. ¡No debemos olvidar al Ser! ¡Es mayor, infinitamente mayor que todos nosotros juntos! No tiene que decirlo —aunque a veces sí lo dice—: ese Ser es Dios. La técnica se manifiesta como una insubordinación. El hombre arrasa con Dios. Seamos justos con Heidegger: su equiparación de técnica y humanismo —en modo alguno se trata de moderar a la primera con el segundo— elimina de golpe confusiones deplorables. Es verdad que la Ciencia, el Estado y la Comunicación han adquirido en nuestro tiempo dimensiones monstruosas. Pero el trasfondo de su crítica, lo estamos viendo, es aún más consternantemente religioso: solo se ha acertado a caminar en círculos. ¿No hay otra vía?

#### Asechanzas del Demonio

Nos agrade o lo lamentemos, la posición de Heidegger acusa ya cierto envejecimiento. Por más insoslayable que sea su diagnóstico, por más que siga dando mucho a pensar, por más que no sea posible hablar de la técnica sin tenerlo en cuenta, hay múltiples huellas de un pensamiento diferente. Desde luego que, cuando menos a lo largo del siglo XX, se han ensayado otras vías. No tardaremos en reconocerlas. La posición conservadora se toca, incluso diríamos que en cierto modo se abraza y trenza, aunque no le guste a ninguna de las dos, con la crítica de izquierda: los acontecimientos escurren por las laderas más bruscas, anfractuosas y empinadas. Que existe una salida no religiosa para ofrecerle nuevos cauces a la técnica parece, con todo, indudable. Porque es patente que la de Heidegger no se mueve, pese a todo, de esa plaza. Toda su jerga, cuidadosamente disimulada y edulcorada, es teológica. También en eso se aproxima mucho a la de Lacan: catolicismo por los cuatro costados. ¡Más de lo mismo! Son muy justamente célebres las frases de la *Carta sobre el humanismo* (1947):

<sup>5</sup> Martin Heidegger, *Caminos de bosque*, p. 215.

El hombre no es el señor de lo ente. El hombre es el pastor del ser. En este 'menos' el hombre no sólo no pierde nada, sino que gana, puesto que llega a la verdad del ser. Gana la esencial pobreza del pastor, cuya dignidad consiste en ser llamado por el propio ser para la guarda de su verdad.<sup>6</sup>

Discurso de la humildad. Debemos esperar paciente y devotamente a que el Ser nos llame. Bien entendido que el Ser no se identifica de inmediato con Dios, pero Heidegger se cuida mucho de decir con *cuál* Dios nunca ha de confundirse: con el Dios de los filósofos, con quienes lo usan alegremente como fundamento del mundo. El Ser no debe ser pensado así, no ha de ser imaginado así, no tendría que ser utilizado en ese sentido. Si fuera fundamento, estaría mezclado —como los cimientos de un edificio— con el ente. Necesitamos, según Heidegger, un Dios que no tenga nada que ver con nada de este (y de ningún) mundo. No encontraremos un solo ejemplo que sería completamente válido. Se comprende la estupefacción de muchos: el olvido del ser parece, a primera vista, solo una mala broma. La técnica es demoníaca porque, sin piedad, deja al hombre a su merced. Lo absorbe, lo hechiza, lo pulveriza, lo devora. El hombre se pierde entre la selva de los entes, porque solamente busca su propio reflejo entre esas cosas que ha ideado y fabricado. Difícil no apreciar —en medio de su lucidez— una terrible exageración, una infinita exasperación en todo esto. Heidegger achaca la situación actual, aciaga, incontrolable, repugnante, a la voluntad de poder. ¡Remontar los tiempos, volver a la sencillez de la vida campirana! Es fácil representárselo de rodillas, junto a la chimenea, dando gracias por el obsequio —siempre inmerecido— de otro día vivido. Salta a la vista que esta no constituye, ni de lejos, la mejor manera de enfrentar los supuestos excesos de la técnica. La razón práctica *no puede nada* contra la razón pura. Pertenecen a circuitos diferentes, heterogéneos. Pretenderlo sería como dar un salto por detrás de Kant, que valoró como nadie antes el problema. Ni siquiera la ética podría

frenarla, y esa convicción habla, por su parte, bastante bien de Heidegger. Ello no obstante, la técnica es concebida aquí como la consumación de la Metafísica, es decir, como el torvo reinado del Dios de la Inmanencia: sin eufemismos, es contemplada como obra del Demonio. Para el cristianismo, el mundo —el conjunto de los seres naturales y de los objetos artificiales— solo puede ser una creación del Maligno. ¡Somos humanos en la exacta medida en que nos exigimos resistir sus embrujos! Gajes del dualismo. Por todas estas razones —o reacciones irracionales, más bien—, queda suficientemente claro que por ahí jamás se llegará a nada. Se trata de una salida típicamente clerical. La técnica es difícil de pensar, concedido, y de dirigirla o atenuar sus efectos perversos más complicado aún, pero la religión no ofrece más alternativa que sofocarla. No es que Dios no exista, sino que *no podríamos saber qué quiere*: ni del mundo, ni del hombre. Invocar la libertad humana, como hace Heidegger, no logra hacer avanzar un milímetro la discusión. Porque los teólogos han decidido que *solo a ellos* (merced a los profetas) se ha revelado la Verdad, y al resto de los mortales no nos resta otro camino que seguirlos dócilmente. Ya desde el comienzo eso era demasiado pedir. Que la técnica debe ser impugnada comporta una consideración religiosa, no filosófica, de la realidad. Heidegger se refiere repetidamente a ella exactamente como la Teología ha hablado del Demonio: no debemos abandonarnos a ella, no debemos considerarla neutral ni inofensiva. Es preciso vigilarla. Sería un despropósito empeñarse en dominarla, porque eso es justamente —en cuanto cúspide de la voluntad de poder (o de lo que Heidegger quiere entender por ella)— lo que le confiere su color de identidad. ¿Qué pretende el filósofo cuando afirma que no se trata de dominarla, sino de entablar una *relación libre* con ella? ¿No será simplemente *librarse* de su necesidad? Pero, ¿cómo se garantizaría tal cosa? La técnica no es neutral: *provoca* (conmina, desafía) al ser. Traducción religiosa: no es lo que Dios quiere. Lo que quiere, según esto, es que los hombres se lleven bien con la naturaleza. No la saquen de quicio. Reciban de ella lo que ella quiere dar, cuando y como ella quiera

<sup>6</sup> Martin Heidegger, *Hitos*, p. 281.

hacerlo. No la fuercen, no la tuerzan. No la hagan enojar. La técnica moderna rompe el equilibrio obtenido delicadamente por la sucesión de las generaciones. Gran parte de la crítica de la modernidad se halla *cum grano salis* en estas páginas. Estamos, evidentemente, ante una crítica conservadora: *antes* no había tanta basura, ni era tan enorme nuestro poder destructivo. Imposible negarlo, pero la posición de Heidegger resulta autocontradictoria:

La esencia de la técnica es la manifestación del *imperativo tecnológico*. El sujeto obedece a ese imperativo, pero él mismo no es capaz de controlarlo ni de orientarlo. Heidegger señala que la técnica es una actividad humana, mas el fundamento o esencia de esta actividad no depende del ser humano. Este actúa técnicamente a través de un mandato o imperativo que lo ‘interpela’, pero que él mismo no se asigna de manera autónoma. El imperativo proviene de la esencia de la técnica, que llama y exige a la provocación de la naturaleza.<sup>7</sup>

Se entiende que Heidegger haya seducido muy pronto a personajes como Levinas: entre el mundo tecnológico y la asfixia del *il-y-a* se establecen afinidades naturales. Sí, ambas son formas de manifestación del Mal. Olvidarse del Ser equivale a aproximarse al Demonio y alejarse de Dios. Y bien, es exactamente lo que ha ocurrido, *pero con la ayuda de Dios*, no con su oposición. Del Dios religioso, no solamente del Dios de los filósofos. El mundo transformado en escaparate, en espectáculo, en plaza mercantil, en programa dominical, en tarjeta postal. Todo, absolutamente todo está en nuestras pantallas. ¿Cómo resistir? ¿Apagándolas? Un millón de personas las volverán a encender. No, la solución de Heidegger —y de la mayoría de los filósofos actuales— consiste en retornar a la religión. El hombre es, según el de Messkirch, el único ente del planeta en el que el Ser puede revelarse a sí mismo. ¡Y se quejaba del antropocentrismo de la Metafísica! Su presunta solución —retirarse meditativamente del mundo— no se aplica ni siquiera a sus colegas. Igual que Hegel, y prácticamente con sus mismas dolencias, Heidegger ha muerto.

<sup>7</sup> J. E. Linares, *op.cit.*, p. 81.

## La técnica como cáncer

Cada vez nos queda más claro que la técnica es una cosa seria. Podemos leer en nuestros días críticas y apologías variadas. La sociedad medieval era tan teológica como la actual es tecnológica. En muchas cosas se parecen, en otras se distinguen. Se parecen, para empezar, en que Dios estaba en todas partes, como hoy lo está la técnica. Literalmente, los hallamos hasta en la sopa. Se distinguen en que la Técnica progresa y la Teología regresa: una es tan inquieta como la otra conservadora. Las distingue una valoración radicalmente distinta de la novedad. Hecha esta importante salvedad, se trata de estructuras homólogas. Esto es más fácil decirlo que probarlo. Afirmar que entre ambas existe una homología estructural no deja de ser un aserto arriesgado. El marxismo aprecia a una y a otra ubicadas en lugares no solo diferentes sino esencialmente heterogéneos: a saber, la técnica en la infraestructura y la religión en la superestructura. El esquema tiene su encanto: facilita muchas cosas. Por lo mismo, adolece de importantes desventajas. Facilitar las cosas tiene su costo, no solamente económico. Lo más fácil no es necesariamente lo más adecuado. Pero imaginar que la misión de la técnica consiste en facilitar todo, desde la vida cotidiana hasta el acceso a lo sobrenatural, nos pone instintivamente en guardia. Sí, se parece a una droga. Un analgésico para cualquier dolencia. Un fetiche para efectuar exorcismos. El formato de su crítica se encuentra en varios autores, pero permítaseme ejemplificarlo con el francés Jacques Ellul, alabado por Aldous Huxley y por Ivan Illich:

La técnica se desarrolla de manera independiente y al margen de todo control humano. En su sueño prometeico, el hombre moderno creía poder domesticar la naturaleza, pero no logró más que crear un medio artificial aún más apremiante. Creyó que se podía servir de la técnica, pero ha sido él mismo el que la sirve a ella. Los medios técnicos se convirtieron en fines y la necesidad en una virtud. Estamos condicionados de tal forma que adoptamos inmediatamente todas las técnicas nuevas, sin interrogarnos



sobre su eventual nocividad. Lo inquietante no es la Técnica por sí misma, sino nuestra actitud con respecto a ella.<sup>8</sup>

No costará mucho esfuerzo reconocer en este rechazo la mayoría de los elementos puestos a punto por el monoteísmo hebreo: la autonomización de la técnica constituye una categoría de lo demoníaco. Muy similar al diagnóstico practicado por Heidegger, aunque el de Ellul se antoja más superficial. El fondo de la crítica es moral: la Técnica es demoníaca porque no se subordina a los controles políticos e ideológicos de ciertos individuos o de ciertos grupos legitimados por una sociedad. Uno se pregunta si la superfetación escolástica de la Teología podría ser calificada, *ceteris paribus*, de inmoral. Para autores como Ellul, la Técnica debe limitarse *porque parece estar viva*. En cuanto tal, puede devorar a una civilización entera; y es justamente lo que ha hecho en Occidente. La técnica *domina* a la cultura, vínculo que anteriormente no se verificaba. Ella estaba sometida a otros fines e intereses. Y, ¿qué persigue? Eficientizar, una fea palabra, un desagradable verbo que conlleva la uniformización, la unidimensionalización y, en fin, la *normalización* de las personas. ¡Otro asombroso parecido con la Teología! Lo exasperante es que estos antiprophetas apelen nuevamente a ella para limar o enguantar las garras de tan díscolo engendro de la Ilustración. Y es que, nos alivie o nos espante, la Teología es tan racional como podría serlo la Química Orgánica o el alpinismo. Se comprende por qué el mundo que nos ha tocado conocer es Teo-tecnológico. El diagnóstico de Ellul —convertido al Protestantismo— no resulta muy diferente del que ofrece el católico Heidegger; pero tampoco del del judío Marx: después de todo, Ellul pretendió que, de haber escrito en el siglo XX, Marx no habría sido el autor de *El Capital*, sino el de *La Técnica*. Ella, y no ya la economía, es la causa profunda de la enajenación del hombre. Una revolución que no la tome en cuenta será inevitablemente una farsa. Con todo, Ellul no se muestra demasiado optimista. No es posible escapar —ni siquiera merced a la ética o a la Teo-

logía— de ella. Como decía Heidegger, la técnica es un destino: no constituye una dirección elegible. Pero el hecho de que el discurso técnico sea tan seductor y de que Ellul lo califique de *Bluff* no le sustrae poder alguno. Se trata de un cáncer, como él mismo la califica, y en esa calidad, no parece curable: «Así, la técnica se crea a sí misma una imagen redentora y sagrada: ella desterrará todos los males humanos; nadie puede oponerse a su avance».<sup>9</sup> Ellul, cristiano por el socialismo, izquierdista de corazón, sabe que criticar a la técnica lo expone sin escape a perder sus apoyos entre los bandos progresistas. Total: ni amos del ente, ni pastorcitos del Ser: tan solo somos el ganado —sumamente inteligente— de la Técnica. No sorprenderá que luego abriguemos respecto de la IA la más ominosa de las amenazas. Mi personal visión del problema, si a alguno le interesa, dista de formularse en términos tan apocalípticos. Me temo que en estos discursos la Teología se mira y se capta a sí misma en la Tecnología, pero encuentra en ella, junto con una misma voluntad de control, multitud de elementos inasimilables. Baste con declarar que, como uno de los primeros pasos dados en dirección de su comprensión, se vuelve irrenunciable des-teologizar la discusión. Solo así, creo, se podría llegar a algo firme.

#### Fuentes

Heidegger, Martin, *Ser y tiempo*, FCE, México, 1985. Heidegger, Martin, *Caminos de bosque*, Alianza, Madrid, 1996. Heidegger, Martin, *Hitos*, Alianza, Madrid, 2000. Kaku, Michio, *La física del futuro: Cómo la ciencia determinará el destino de la humanidad y nuestra vida*, Penguin Random House, México, 2011. Linares, Jorge Enrique, *Ética y mundo tecnológico*, FCE, México, 2008.

<sup>8</sup> Citado por J. E. Linares, *op. cit.*, p. 115.

<sup>9</sup> *Ibid.*, p. 120.